

Rosa Luxemburgo ante el relanzamiento del marxismo crítico en el siglo XXI

Luis Arizmendi

Coordinador y autor del libro **Walter Benjamín: la dialéctica de la modernidad y sus prismas** (Rosa Luxemburg Stiftung, México, 2018) presentado en la Feria Internacional del Libro de La Habana, 2019. Autor de **El capital ante la crisis epocal del capitalismo** (IPN, México, 2019, 1ª reimpresión); y, junto con Jorge Beinstein, de **Tiempos de peligro. Estado de Excepción y Guerra Mundial** (Plaza y Valdés, México, 2018). Coordinador de los libros **Bolívar Echeverría: Trascendencia e Impacto para la América Latina del Siglo XXI** (IAEN, Ecuador, 2014) y **Horizontes de la vuelta de siglo** (CIECAS-IPN, México, 2011). Autor de "Baroque Modernity and Peasant Poverty", incluido en el libro coordinado por Julio Boltvinik y Susan Archerman, **Peasant poverty and persistence in 21st century** (Zed Books/CROP, Reino Unido, 2016), de "Ernst Bloch: las aventuras del sueño desiderativo", incluido en Ambra Polidori y Raymundo Mier, **Nicht für Immer** (Gedisa, México, 2018). Coautor de los libros **Nuestra América y EU: Desafíos del Siglo XXI** (coeditado por el Centro Internacional de Información Estratégica y Prospectiva de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, y la Universidad Central de Ecuador, 2013); junto con Gordon Welty, "Latin America and the Epochal Crisis of Capitalism", incluido en Berch Berberoglu (Coord), **The Global Capitalist Crisis and Its Aftermath** (Ashgate, United Kingdom, 2014); **Bolívar Echeverría: crítica e interpretación** (UNAM, México, 2012), entre otros. Ha sido invitado a impartir más de 70 conferencias magistrales e internacionales en diversas universidades, institutos y centros de investigación de América, Europa y Asia. Ha traducido del inglés, italiano y portugués ensayos de autores como Immanuel Wallerstein, Noam Chomsky, György Markus, Elmar Altvater, Giovanni Arrighi, Peter Townsend, Meghnad Desai, Michel Chossudovsky, entre muchos otros.

CONTACTO: arizmendi_luis@hotmail.com

I

La lectura histórico-concreta de **El Capital** de Rosa Luxemburgo en el nacimiento del marxismo crítico

Mirar retrospectivamente, a un siglo de distancia, una de las intervenciones más radicales en la fundación del marxismo clásico, como la que realizó Rosalia Luxemburg, resulta tanto propicio como prolífico prospectivamente en un tiempo como el nuestro, en el que se encuentra en curso el renacimiento internacional del marxismo crítico debido a la explosión de la crisis más grave en la historia de la mundialización –una crisis que, desde el carácter unificado aunque múltiple de sus colapsos, por constituir en sí misma una era cabe denominar como crisis epocal del capitalismo del siglo XXI (Arizmendi, 2013)–. El marxismo crítico del nuevo siglo enfrenta el desafío de renacer heredando y llevando más lejos las mejores lecciones teóricas y políticas producidas por la historia del marxismo clásico el siglo pasado. En ese horizonte, Rosa Luxemburgo, sin duda, constituye una figura crucial. Ella fue quien forjó la primera lectura poderosa de *El Capital* en la historia mundial del marxismo crítico.

Marxismo crítico o marxismo clásico, que son sinónimos –en contraste con el limitado término “marxismo occidental” inventado por Perry Anderson (1979), otorgando artificialmente el monopolio del marxismo crítico a Occidente–, constituye una expresión adecuada para nombrar ese horizonte del discurso crítico que se negó, una y otra vez, a la conversión del marxismo en un “saber que no sabe nada” (para decirlo evocando una expresión originaria de Sartre), precisamente, porque fue integrado y vencido por alguna de las versiones del mito del progreso abandonando el cuestionamiento a la unidad histórica indisociable entre Capitalismo y Barbarie. Visto, así, puede identificarse que la desfiguración que introdujo el marxismo progresista se desdobló incluyendo dentro de sí, además del “marxismo soviético” gestado en Oriente, al “marxismo socialdemócrata” gestado en Occidente. Antes que Historia y conciencia de clase de Georg Lukács (1969) o *Marxismo y Filosofía* de Karl Korsch (1971), la fundadora teóricamente más vigorosa del marxismo crítico –que tanta influencia ejerció para la célebre obra de Lukács– fue, inapelablemente, Rosa Luxemburgo.

Apareciendo en la antesala de lo que Hobsbawm (1998, 26-61) ha dado en llamar la “época de la guerra total” (1919-1945), en la historia internacional de las grandes lecturas de *El Capital* –que cuenta con nombres inolvidables como Henryk Grossman, Roman Rosdolsky, Ernest Mandel, Isaak Illich Rubin, Jindrich Zeleny y, por supuesto, los mismos Lukács y Korsch–, es inapelable que Rosa Luxemburgo ocupa un alto lugar.

Inspirada en una obra, cuya publicación ella nunca vio –la *Introducción a la economía política* (1972), que editó, en 1925, Paul Levi, a partir de rescatar los manuscritos que pudo de la casa de Rosa Luxemburgo después de haber sido asesinada y su hogar saqueado–, *La Acumulación del Capital* (1967), su obra maestra, que se publicó en 1913, expone puntual y ampliamente lo que, en el marco de la caracterización epistemológico-política de las grandes lecturas de Marx, podría clasificarse como la lectura histórico-concreta de *El Capital*.

En 1906, el Partido Socialdemócrata alemán estableció en Berlín una Escuela Central dirigida a la formación de cuadros. Menos de dos años después, en reemplazo de Anton Pannekoek, Rosa Luxemburgo empezó a impartir una cátedra en la que buscó llevar mucho más lejos la primera recuperación que efectuó de *El Capital de Marx*, cuando lo empleó como plataforma de su obra (originalmente su tesis doctoral) *El desarrollo industrial de Polonia* (1979). Mientras ahí la teoría del desarrollo capitalista contenida en *El Capital*, que va de la acumulación originaria a la gestación de la gran industria, es interpretada y empleada como fundamento de la conceptualización histórico-concreta del capitalismo en Polonia –con el objetivo político de demostrar

que, dado su desarrollo económico, la revolución socialista tenía viabilidad en ese país de Europa Oriental–, *La Acumulación del Capital* asume el desafío de construir una conceptualización original de *El Capital* dirigida a dar cuenta del desarrollo histórico-concreto de la economía mundial de principios del siglo XX. Con el objetivo de convocar, frente y contra la tendencia a la propagación amenazante de la militarización y la barbarie moderna, a asumir la necesidad de la revolución anticapitalista internacional y, más bien, mundial. La Introducción a la economía política constituye un texto inconcluso –preparado desde 1908 pero escrito entre 1916-17, mientras se encontraba en la cárcel de Wronke acusada de “alta traición a la patria” por oponerse a la Gran Guerra y llamar a una huelga general contra el gobierno en Alemania–, cuya función consistía en abrir el acceso popular a la peculiar perspectiva teórico-política de *El Capital* a partir de trazar su diferencia específica ante las otras perspectivas del discurso económico funcionales al poder moderno. Es una obra de la que apenas lograron salvarse cinco de los diez capítulos de su proyecto original, con el cual Rosa Luxemburgo pretendía darle forma redonda a los manuscritos de sus clases para aproximarse a la especificidad epistemológica de la crítica de la economía política. Como ella misma señala, *La Acumulación del Capital* nació de que a la hora de intentar presentar el proyecto completo de *El Capital* en la *Introducción a la economía política*, “no conseguía exponer con suficiente claridad el proceso global de la producción capitalista en su aspecto concreto, ni sus límites históricos objetivos” (1967, 9). *La Acumulación del Capital* es el intento sumamente polémico pero militante y prolífico de desarrollar *El Capital* de Marx para descifrar la tendencia a la crisis y al derrumbe del capitalismo mundial de principios del siglo XX.

Como puede verse, *El desarrollo industrial de Polonia*, la *Introducción a la economía política* y *La Acumulación del Capital* integran la trilogía en la cual se sintetizan tanto el programa como los aportes de la lectura histórico-concreta de *El Capital* forjada por Rosa Luxemburgo. Constituyen la trilogía clave de la poderosa lectura luxemburguista de *El Capital*.

Esta trilogía nació parada firmemente frente al nacimiento del marxismo progresista. Rosa Luxemburgo impugnó como nadie las dos lecturas desvirtuantes de *El Capital* que emergieron del Bernstein-Debate: la lectura historicista y la lectura neo-armonicista. Se negó tanto a la reducción de la obra de Marx a una obra decimonónica, imprescindible para el abandono tanto de la Teoría de la Crisis como de la Teoría de la Revolución; así como a la lectura esquizoide que, al lado de la Teoría de la Crisis de Marx y justo contra ella, introdujo, a partir de la redefinición de los Esquemas de Reproducción del Capital Global contenidos en el Libro II, un anti-Marx, deformando esos esquemas como la presunta prueba de verdad, no ofrecida por la economía convencional, en torno a la viabilidad de un capitalismo en equilibrio regido por un crecimiento económico ad infinitum. El marxismo progresista alemán fue el que fundó la lectura historicista de *El Capital*, reduciéndolo al siglo XIX, y, desde ahí, la lectura neo-armonicista, que mistificó al capitalismo del siglo XX como supuesto sinónimo de arribo a un capitalismo capaz de integrar un sistema económico en armonía y, por tanto, de lanzar una nueva era de progreso económico-político indetenible.

Desde muy temprano, al poco tiempo de su llegada a Alemania, país al que se trasladó desde Polonia para dotarse de un campo de acción política más amplio de modo que pudiera influir en todo el movimiento socialista europeo, Rosa Luxemburgo –apodada elogiosamente “Rosa, la Roja”, por su vigorosa e impactante capacidad oratoria– tomó una indeclinable posición por cuestionar pública y radicalmente en los mismos congresos pro-patriarcales del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) al principal líder de la socialdemocracia no sólo alemana sino europea y fundador del marxismo progresista: Eduard Bernstein. En 1898, empieza a publicar en el *Leipziger Volkszeitung*, en vísperas del Congreso de Hanover, sus incisivos cuestionamientos a los ensayos que Bernstein, desde dos años atrás –poco después del fallecimiento de Engels, al que tuvo que esperar–, venía publicando en *Die Neue Zeit*. Integrando la base del marxismo

progresista que formaliza en su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1982). A contrapelo del desvirtuamiento de la Ley General de la Acumulación Capitalista como una ley del siglo XIX que tanto propulsa la lectura historicista de *El Capital*, Rosa Luxemburgo fue la fundadora del marxismo crítico que abrió la lectura de *El Capital* posicionando justo esa ley como la clave para descifrar la unidad histórica inextricable entre Capitalismo y Barbarie. A partir de leer la *Ley General de la Acumulación Capitalista desde la Teoría de la Economía Mundial*, Rosa Luxemburgo produjo su poderosa lectura histórico-concreta de *El Capital*, sosteniendo que de ningún modo ésta era una obra anacrónica, impotente para dar cuenta de la historia del capitalismo del siglo XX, y que, más bien, desde ella podía percibirse que era una entera falacia eso de que la dinámica de una acumulación cada vez más destructiva, que produce mayor devastación social conforme avanza la medida en que produce mayor riqueza, era cosa del pasado.

Interviniendo a contrapelo hacia los últimos años de la belle époque –que parece llegar para dejar en el olvido la pobreza instalada masivamente por el nacimiento de la modernidad industrial en Europa–, Rosa Luxemburgo se negó a admitir las ilusiones de que el auge de la acumulación del capital elevaría el nivel de vida de todas las naciones y lanzaría una belle époque mundializable. Luego de la Larga Depresión (1871-1893) pero adelantándose al estallido de la Gran Depresión (1929-44), en medio de la belle époque europea y, siempre a contracorriente, fue incisiva al postular que una modernidad capitalista sin crisis, regida por un crecimiento económico ad infinitum, no era más que una ilusión del mito del progreso. No titubeó al enfrentarse con Bernstein en los Congresos del SPD y afirmar que la Teoría de la Crisis y la Teoría del Derrumbe conforman la irrenunciable “piedra angular del socialismo científico”. Que son el leitmotiv de *El Capital* y su crítica a la mundialización capitalista.

Aunque cuestionó frontalmente ante todo a Bernstein –que en términos teóricos siempre fue de muy poca talla (Luxemburgo, 1978a)– y a Otto Bauer –que fue uno de los autores principales en el desvirtuamiento neoarmonicista de los esquemas de reproducción del Libro II de *El Capital* (Luxemburgo, 1967, 404-454)–, es sumamente relevante percibir que su perspectiva se contraponen profundamente a la del pensador par excellence del marxismo progresista: Rudolf Hilferding.

Con su obra *El capital financiero*, Hilferding (1971) se posicionó indudablemente como el autor central en la lectura neo-armonicista de *El Capital* forjada por el marxismo progresista. En la línea que hizo de Marx un autor dualista, Hilferding sostuvo que entre el Marx de la Teoría de la Crisis expresadas en los Libros I y III de *El Capital*, se encontraba en el Libro II otro Marx (diríamos nosotros una especie de anti-Marx), que postulaba la viabilidad de un capitalismo en armonía o equilibrio ad infinitum. Según él, el capitalismo del siglo XX había dejado atrás la legalidad histórica que entrecruzaba inexorablemente crisis cíclicas y acumulación del capital. Con el desplazamiento del capital industrial por la centralidad del capital financiero en la relación global capitalismo, había sucedido una mutación histórica. Una nueva configuración del capitalismo, gracias a la expansión indetenible de los monopolios y los bancos, en lugar de la economía anárquica, haciéndola definitivamente a un lado, estaba integrando la economía planificada como plataforma de la economía de múltiples Estados nacionales, para empezar en Europa. Pero su dinámica, según él, apuntaba a la anulación irrevocable de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia por la tendencia a la mundialización de la planificación económica conforme se avanzara en la gestación de un trust global. Desvirtuando los esquemas marxistas de reproducción del capital, Hilferding planteó que los monopolios capitalistas se habían dotado a sí mismos de un nuevo e inédito poder: podían encargarse no sólo de la anulación de la ley del valor por la determinación volitiva del sistema de precios, sino de garantizar que los dos sectores de la economía moderna, el sector I, productor de medios de producción, y el sector II, productor de medios de consumo, generaran sus productos en la escala requerida para asegurar

la reproducción de la totalidad de la economía, cancelando así la repetición inevitablemente cíclica de las crisis y lanzando el crecimiento económico hacia una dinámica armónica irreversible. “Capitalismo organizado”, nombre con el cual Hilferding caracterizó esa presunta nueva configuración integrada con el nacimiento del siglo XX, constituye el término que expresa de forma redonda su cuestionable concepción del capital financiero –tan elogiada en el marco de la belle époque por el marxismo progresista, pero también en el apogeo de los treinta gloriosos, la fase de auge de tres décadas posterior a la Segunda Guerra Mundial, y que ahora, ante lo que llaman “financiarización de la economía mundial”, desatinadamente, sin aprender de las consecuencias histórico-políticas de esa perspectiva, varios autores afines al marxismo progresista están poniendo otra vez de regreso–.

Como supo resaltar el marxista polaco Roman Rosdolsky (1978, 538-552), en su célebre análisis comparativo de las posiciones en la polémica internacional sobre los esquemas de reproducción del capital, fue a Rosa Luxemburgo, no a Lenin –que, en Rusia, se encontraba en un país económicamente atrasado–, a quien correspondió la tarea de leer *El Capital* demostrando que la Teoría de la Crisis y la Teoría del Derrumbe constituyen el “núcleo revolucionario del marxismo”. Desde Alemania, en los inicios del siglo XX, Rosa Luxemburgo podía ver que los neoarmonicistas rusos, Bulgákov y Tugán Baranovski, “demostraban demasiado”. Deslizándose un *quid pro quo* inocultable, habían hecho de la demostración de la viabilidad del surgimiento del capitalismo en Rusia, más bien, la presunta prueba de la viabilidad de la eternidad del capitalismo ruso (1967, 226-245). Sin embargo, los neoarmonicistas alemanes los habían rebasado, puesto que habían llegado hasta formular la tendencia a la armonía o al equilibrio económico global como fundamento no sólo del capitalismo europeo, sino de la mundialización capitalista.

Antes que los firmes cuestionamientos enderezados desde el marxismo crítico por Grossman (1979a, 389-401) y Korsch (1978, 128-129) a Hilferding, son sumamente relevantes los contrastes radicales entre las lecturas de *El Capital* de Rosa Luxemburgo y el autor par excellence del marxismo progresista. Impugnando radicalmente las lecturas historicista y neoarmonicista de *El Capital* –antecedente indudable de la lectura modular que, en el curso del siglo XX, construyó el “marxismo analítico”, presuponiendo que el capitalismo es modulable y, por eso, se integra al horizonte del marxismo progresista–, Rosalia Luxemburg forjó una conceptualización original del magnum opus de Marx que jamás renunció al cuestionamiento de la relación entre Capitalismo y Grandes Crisis, y derivó de ella la crítica a la relación indisociable entre Capitalismo y Barbarie.

Su teorización de la acumulación del capital es enteramente incomprensible si se pretende cuestionarla sin percibir que lo que ella efectivamente consigue vislumbrar proviene de una toma de posición iconoclasta ante la frontera entre dos periodos históricos de la mundialización capitalista. Rosa Luxemburgo no sólo intervino a contrapelo de la belle époque, en el interregno entre las dos primeras grandes crisis de la modernidad capitalista, intervino hacia el cierre de una fase de la mundialización capitalista y el inicio de otra nueva –en los albores de la fase que comenzó a estar regida por lo que Wallerstein (1996, 40) denomina la tendencia a la desruralización del sistema-mundo moderno–. Su insistencia, acerca de la necesidad imprescindible e imperiosa del no-capitalismo por el capitalismo para la realización de la plusvalía global, que presuntamente no tiene modo alguno de realización como masa de ganancia al interior del sistema, aunque se equivoca en su conceptualización de los esquemas de reproducción de *El Capital*, justo lo que proyecta es el hecho de que la fase de la mundialización formal de las relaciones de producción capitalistas –recorrida, aproximadamente, entre 1850 y 1914/18– había llegado a su fin. Para ese tiempo, las “arenas exteriores” al capitalismo y su mundialización se estaban agotando.

La explosión de la Primera Guerra Mundial, como disputa entre los Estados metropolitanos por la

redistribución de las colonias de las periferias africana y asiática, expresó el hecho de que el capitalismo ya dominaba la totalidad espacial del orbe y, por tanto, sus límites geohistóricos formales se habían alcanzado.

En el tiempo del arribo a los límites de la espacialización formal de la mundialización capitalista, si bien no descifró la especificidad de la nueva fase naciente –cuya tarea ya no correspondía a la mundialización de la producción capitalista, puesto que ésta se acababa de cumplir, sino a la mundialización de su gran industria, fase que comprendería aproximadamente de 1914/18 a 1971/91 (Arizmendi, 2011, 17-23)–, Rosa Luxemburgo inauguró para la historia del marxismo clásico la crítica a la relación entre capitalismo y militarización. Más aún, heredando del Manifiesto Comunista la disyuntiva Socialismo o Barbarie como encrucijada epocal para teorizar la historia global del capitalismo, Rosa Luxemburgo, como nadie, se adelantó a mirar el siglo XX como el Siglo de la Barbarie –un siglo en el que, ciertamente, las guerras nunca se detuvieron y sólo cambiaron de lugar–.

Desde un mirador opo, que llevaba al ámbito de las relaciones internacionales el mito del progreso, Kaustky, maestro de Hilferding, con su concepción de “superimperialismo” o “ultraimperialismo” había difundido la ilusión de que las alianzas crecientes entre los Estados metropolitanos generaban la tendencia, gradual pero ascendente, hacia la conformación de un solo cártel global, de suerte que, según él, la posibilidad de una confrontación bélica entre potencias quedaba definitivamente superada y cancelada debido al entrecruzamiento de sus intereses económicos y políticos.

En la antesala de la Primera Guerra Mundial –que hizo pedazos al marxismo progresista y su ilusión del “superimperialismo”–, Rosa Luxemburgo abrió horizontes al producir, desde su lectura histórico-concreta de El Capital, la crítica a la economía militar como nuevo eje axial de la economía mundial capitalista.

Lejos de las ilusiones de la tendencia hacia la armonía tanto económica como política de la mundialización capitalista, con base en su sincero compromiso por llevar El Capital más lejos, amplió los esquemas de reproducción del Libro II agregando un sector III compuesto por la economía militar. Tadeusz Kowalik (1971, 135-141) comprendió que Rosa Luxemburgo, del lado del marxismo, y Keynes, del lado de la economía convencional, fueron los autores que propiamente estrenaron el escudriñamiento de la interrelación estructural entre capitalismo y militarización. Pero –y esto Kowalik lo pasa por alto– mientras Keynes lee la militarización de la economía capitalista desde el mito del progreso, Rosa Luxemburgo la cuestiona desde la encrucijada Socialismo o Barbarie. Mientras para Keynes la militarización constituye una fuerza que dinamiza la demanda efectiva y, en consecuencia, la concibe como el pernicioso costo imprescindible pero finalmente positivo para lograr que el capitalismo impulse su crecimiento económico y, desde ahí, active la multiplicación del bienestar social; Rosa Luxemburgo, en el capítulo final de su magnum opus, analiza el militarismo como “campo de acumulación de capital” que opera como punta de lanza propulsora de la barbarie. Lo conceptualiza como una especie de doble de los ámbitos precapitalistas que desde dentro del capitalismo efectúa las funciones que aquellos como espacios externos a él deben cumplir, puesto que hacia el ámbito militar puede canalizarse la plusvalía que el sistema no puede realizar dentro de sí. Incluso, Rosa Luxemburgo va más lejos, ya que, reconoce la militarización como un campo que responde a la conformación de nuevos canales de explotación de plusvalía en los capitalismo metropolitanos. De este modo, la asume como un campo que no hace más que agudizar la contradicción histórica nuclear de la modernidad capitalista: la contradicción entre la tendencia hacia la expansión de la explotación irrefrenable de plusvalor y la tendencia al agotamiento de los espacios para su realización en las economías nacionales y planetaria. En este sentido, la lectura luxemburguista de El Capital ve la militarización creciente en el siglo XX como la constatación irrefutable de la unidad histórica entre mundialización capitalista y barbarie moderna.

El concepto de “imperialismo” que deriva de su lectura de la acumulación mundial y la militarización es sugerente y peculiar. Rosa Luxemburgo no va a considerar, como Bujarin, que el ciclo que inicia la Gran Guerra detona una cadena ininterrumpida e indetenible de confrontaciones bélicas entre potencias que conducirán inexorablemente al derrumbe cercano del capitalismo. Para ella, la Teoría del Derrumbe es más compleja y no debe ser reducida a una visión determinista de la historia de la mundialización.

Según su perspectiva, “imperialismo” es el nombre que cabe asignarle al ejercicio del poder económico-político y militar que despliegan las potencias metropolitanas contra las colonias, a la vez que entre sí mismas, en su disputa por el control monopólico de los restantes hinterland y los contornos precapitalistas de la economía planetaria, con el objetivo de garantizar la persistencia de canales circulatorios para la realización internacional de su plusvalía nacional, pero en el marco de una tendencia devastadora con la que la mundialización de la producción capitalista apunta a depredar y extinguir la totalidad de los ámbitos precapitalistas. Arrolladora en sí misma, porque empuja hacia la violenta proletarización de la fuerza de trabajo indígena y, a la par, a la expropiación capitalista de los recursos naturales estratégicos de las colonias, a esta tendencia no le corresponde, para Rosa Luxemburgo, una dinámica unívoca o unilineal, justo porque las guerras pueden encargarse de hacer uso y abuso de la devastación para propiciar regresiones que reintegren y reconstituyan, una y otra vez, áreas no-capitalistas en la economía mundial que doten de continuidad a la acumulación de capital. Sin duda, a un costo sumamente elevado: el de exacerbación de la relación entre barbarie y mundialización, desde una dinámica que se le va cada vez más de las manos al capitalismo.

Es en este profundo sentido que deben leerse las inolvidables palabras expresadas por Rosa Luxemburgo cuando, en su célebre Folleto Junius –escrito desde la Cárcel de Mujeres de Berlín, en 1915, impactada por la complicidad de la socialdemocracia europea con la Gran Guerra–, recuperó, por primera vez para el marxismo crítico, la encrucijada con la cual Marx conceptualizó la tendencia epocal de la mundialización capitalista: Socialismo o Barbarie. Constituye una disyuntiva que muestra que, ciertamente, el derrumbe capitalista conforma una tendencia inevitable, pero que para nada debe asumirse como sinónimo de próximo tránsito espontáneo hacia una civilización postcapitalista. Como lo esclareció Norman Geras, en su clásico *The Legacy of Rosa Luxemburg*, publicado en español con el título *Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo* (1980, 14-38), esa disyuntiva es sinónimo de que si el socialismo no avanza para detener y vencer la barbarie moderna, triunfarán los efectos ominosos de ella trayendo consigo el hundimiento de la historia de todas las civilizaciones. Las guerras mundiales, en consecuencia, no tienen definida de antemano una trayectoria unívoca. Hacen de la dialéctica entre barbarie y mundialización un proceso en situación donde uno de dos caminos son factibles: si son intermitentes, las guerras pueden ser empleadas como vehículos funcionales al relanzamiento de la continuidad del capitalismo; si se despliegan ininterrumpidamente entre metrópolis, traerán consigo el derrumbe de la mundialización que dejará tras de sí una era de destrucción global y furor. Vista desde el siglo XXI, la concepción luxemburguista de la dialéctica entre barbarie y mundialización, aunque imprecisa, no deja de ofrecer lecciones: las guerras capitalistas, ciertamente, son funcionales a la continuidad de la acumulación mundial y el tránsito a una era de devastación y furor irreversibles.

Recordemos las inolvidables palabras escritas por Rosa Luxemburgo en su célebre Folleto Junius:

¿Qué quiere decir retroceso a la barbarie a la altura de nuestra civilización europea?... Esta Guerra Mundial es un retroceso a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce al aniquilamiento de la cultura, esporádicamente en tanto dure una guerra moderna y definitivamente si el periodo de guerras mundiales que acaba de comenzar siguiese sin

trabas y hasta sus últimas consecuencias... Se hunde toda cultura (...), sobreviene la despoblación, la devastación, la degeneración, el mundo se convertirá en un gran cementerio... Envilecida, deshonrada, chapoteando en sangre, cubierta de suciedad: así aparece la sociedad burguesa, así es la sociedad burguesa. Su rostro verdadero, desnudo, no lo muestra cuando, relamida y decente, parlotea de Filosofía, Cultura y Ética, Orden, Paz y Estado de Derecho, sino ahora: como una bestia feroz, como aquelarre de la anarquía, como flagelo pestilente de la cultura y la humanidad (Luxemburgo, 1977, 270-1, 398-399).

En conclusión, cabe decir que cuatro son las coordenadas que definen singularmente y articulan de modo global la lectura histórico-concreta de *El Capital* que fundó Rosalia Luxemburgo: 1) la conceptualización, sin reducirla a un constructo nacional, de la Ley General de la Acumulación Capitalista desde la Teoría de la Economía Mundial; 2) la fundación del estudio de la relación entre capitalismo y precapitalismo en la historia del marxismo crítico; 3) la inauguración de la crítica a la interrelación estructural entre capitalismo y militarización; y 4) el vigoroso relanzamiento de la encrucijada Socialismo o Barbarie, originalmente formulada en el *El Manifiesto Comunista*, como disyuntiva ineludible para denunciar la tendencia epocal del capitalismo.

Distinguiéndose de aquellas lecturas posteriores del marxismo clásico que le atribuyeron al concepto de capitalismo contenido en *El Capital*, ante todo, un alcance estructural (Althusser, 1969), genético-estructural (Zeleny, 1978) o una validez epistemológica universal desde un método de aproximaciones sucesivas a la realidad concreta (Grossmann, 1979b), Rosa Luxemburgo produjo la primera lectura poderosa en el debate internacional en torno a *El Capital*, generando una lectura histórico-concreta que, sin dejar de ser cuestionable y aleccionadora a la vez, resalta porque intentó emplear y desarrollar este magnum opus para descifrar la tendencia epocal de la mundialización capitalista a la barbarie.

II

La paradoja Luxemburgo y el barroquismo

Procede denominar paradoja Luxemburgo al leitmotiv que guía su cuestionamiento al Libro II de *El Capital*. Ciertamente, por un lado, como incisivamente lo percibe Heryk Grossmann (1979a, 183-184), Rosa Luxemburgo se equivocó al plantear la presunta imposibilidad de la realización de la plusvalía al interior del sistema capitalista –error en el que, pese a hablar de una imposibilidad no total sino parcial, la siguió Fritz Sternberg (1979, 60-84)–. No comprendió, como lo demuestran los esquemas de reproducción del capital de Marx, que el capitalismo cuenta con las condiciones necesarias y suficientes para la transformación de la masa de plusvalor en masa de ganancias al interior de sí mismo, gracias al entrecruzamiento de su realización con la reproducción ampliada tanto del capital constante como del capital variable de ambos sectores y al ciclo del rédito creciente de la burguesía. Atribuir una imposibilidad inexistente a la realización intracapitalista de la masa de plusvalor, fue justo lo que llevó a que ella construyera una innecesaria fundamentación extracapitalista de la acumulación del capital. Sin embargo, aunque es falso que el capitalismo dependa invariable y estructuralmente del precapitalismo para su ciclo de realización, es decisivo no pasar por alto –y en esto consiste la paradoja Luxemburgo– que ella cuestiona a Marx en su intento por heredar a Marx.

En un libro que tuve el honor de ayudarle a elaborar, *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social*, Bolívar Echeverría (1994a, 93) señaló que, originariamente, el interés de Rosa Luxemburgo por la relación entre capitalismo y precapitalismo surgió del impacto que le produjo el conocimiento del intercambio epistolar entre Karl Marx y Vera Zasúlich, la líder narodniki. Lo que en esas cartas es conceptualización de

la relación entre capitalismo y precapitalismo para explorar las condiciones de posibilidad de una revolución socialista en Rusia (Marx y Engels, 1980), Rosa Luxemburgo lo convirtió en el desafío histórico de repensar la relación entre capitalismo y precapitalismo como fundamento de la acumulación mundial del capital. En el curso de 1905, en Varsovia, por viva voz de Vera Zasúlich, Rosa Luxemburgo se enteró de la existencia de estas cartas, que fueron escondidas por Bernstein, justo porque en ellas se exponía una concepción de la mundialización capitalista radicalmente contrapuesta a la perspectiva pro-colonialista o pro-imperialista que él propagó, propulsando que regulara la práctica del SPD y de la II Internacional.

Empleado ante todo como una referencia puramente retórica, lo que Bernstein denominaba “mal colonialismo”, el proyecto de dominación por Europa de otras naciones para acrecentar sus ganancias capitalistas, le servía para que, presuntamente a juego de oponerse a él, pudiera promover lo que llamaba un “buen colonialismo”. Es decir, el proyecto de expansión del capitalismo europeo por el orbe que, a partir de absorber y refuncionalizar al precapitalismo, desplegaba la tendencia a mundializar “la cultura y la civilización”. Promotora firme de esa versión del mito del progreso, al final del camino la socialdemocracia europea se topó con la Primera Guerra Mundial, que aunque Bernstein individualmente no apoyó, aquélla sí lo hizo.

Rechazando la idea de que el capitalismo se expande a través de un “crecimiento por contagio”, que supuestamente al apoderarse de territorios no-capitalistas duplica en ellos la civilización europea, convirtiéndolos en su doble análogo o similar, Luxemburgo no sólo insistió en que esa era una ilusión del mito del progreso, sino que, heredando de las cartas de Marx a Zasúlich la teoría de la mundialización capitalista por “integración funcional bipolar”, esto es, formulando que el capitalismo se desdobra estructuralmente en polos centrales y polos periféricos de modo que éstos se encuentran imposibilitados para ser el doble de aquéllos, buscó llevar más lejos la crítica a esa integración bipolar al incluir la relación capitalismo/precapitalismo pero como relación entre territorios. Al edificar, en *La Acumulación del Capital*, su conceptualización de la economía mundial fundamentada en la presencia complementaria del proceso de reproducción capitalista y el proceso de reproducción no-capitalista como sustento imprescindible de aquel, Rosa Luxemburgo buscó heredar la problematización de la relación entre capitalismo y no-capitalismo formulada por Marx e imprimirle una nueva forma: la de una contradicción territorializada en la mundialización capitalista.

En este sentido, Rosa Luxemburgo cuestionó los esquemas de reproducción del Libro II de *El Capital*, pero pretendiendo heredar las cartas de Marx a la líder narodniki para construir su teoría de la mundialización capitalista.

Brillante más por las problematizaciones de suma relevancia que abre que por las soluciones que para las mismas aporta, habría que decir que son, ante todo, tres los límites esenciales de la lectura histórico-concreta de *El Capital* que ella generó. Primero, como señaló Grossmann (1979a, 182-183), aunque fue la primera pensadora del marxismo crítico en cuestionar radicalmente al neoarmonicismo, se equivocó al repetir irreflexivamente la caracterización que la lectura neo-armonicista había efectuado del Libro II de *El Capital*: los esquemas de reproducción del capital de Marx de ningún modo responden a la idea de una armonía o un equilibrio general crónico o estructural en la realidad concreta de la economía capitalista. Segundo, como ella misma reconoció al elaborar su Introducción a la economía política, no consiguió “exponer con suficiente claridad el proceso global de la producción capitalista”, puesto que, sin comprender la fundamentación intracapitalista de los esquemas de reproducción, formuló la imposibilidad, enteramente inexistente, de realización del plusvalor global al interior del sistema. Deslizándose, así, un quid

pro quo: que al capitalismo le sea funcional el precapitalismo como espacio de realización del plusvalor internacional, de ningún modo es sinónimo de que el ciclo de realización del plusvalor capitalista constituya un ciclo indefectiblemente dependiente del precapitalismo. Pero, tercero, last but not most important, al pretender corregir y completar los esquemas de reproducción de El Capital mediante la fundamentación extracapitalista de la acumulación global, Rosa Luxemburgo exagera o sobredimensiona lo que son los límites geohistóricos formales de la mundialización capitalista atribuyéndoles un significado que no les corresponde: más que identificarlos como límites de una fase, los caracteriza como límites sistémicos tendencialmente definitivos. Aunque hacia la segunda década del siglo XX lo que llegaba a su fin era la planetarización de las relaciones de producción capitalistas –límite espacial que motivó la polémica en torno al derrumbe–, para devenir en límite tendencialmente definitivo tendría que haber estado soportado en la planetarización de los sistemas tecnológicos específicamente capitalistas, esto es, en un progreso devastador emanado de la hybris de la modernidad capitalista que, a la vez, se encontrara atravesado por la potencialidad tecnológica de una modernidad alternativa a nivel global –límite al que sí tiende nuestra era, que no por casualidad se vuelve a interesar en Rosa Luxemburgo–.

Si bien Rosa Luxemburgo, rebasando por adelantado incluso lecturas posteriores del marxismo clásico, se embarca en demostrar que El Capital, más que sólo construir un concepto de capitalismo de vigencia universal, descifra la tendencia epocal de la mundialización capitalista, sin embargo, desespecifica esa tendencia al adjudicarle los límites formales de la fase de la mundialización que le tocó vivir. Justo por eso reinterpreta la tendencia epocal que denuncia El Capital, reconceptualizándola de modo histórico-concreto en función del choque del capitalismo con el precapitalismo.

Gilbert Badia (1975, 515), quien ha realizado el estudio más completo de la “biografía intelectual” de Rosa Luxemburgo, tiene razón cuando formula que una peculiar ambigüedad, o lo que es lo mismo un doble significado, atraviesa su concepto de ámbito, contorno o medio no-capitalista. Por un lado, es un término que en abstracto denota la presencia de un proceso de reproducción social no-capitalista, pero, por otro, alude en lo concreto a un territorio o área no-capitalista. La línea de teorización de procesos reproductivos no-capitalistas pero integrados al capitalismo, aunque se abre, rápidamente se cierra, para dejar exclusivamente en su horizonte la línea que refiere áreas precapitalistas pero externas a él. Evidentemente, sin dejar de estar esas dos líneas en Rosa Luxemburgo de modo un tanto confuso y zigzagueante, con mucho se carga a la segunda.

Si recuperamos este cuestionamiento de Badia, debemos concluir que el límite por antonomasia de la lectura luxemburguista de El Capital proviene de que al intentar sinceramente completar los esquemas de reproducción del capital, diseñados en términos abstractos por Marx, pretende completarlos en términos concretos. Por eso, les enclava de modo forzado, además exacerbándolos, la tendencia hacia los límites geohistóricos formales de la fase de la mundialización que ella veía concluir: la tendencia a la expansión de los territorios capitalistas que conduce hacia la aniquilación de los territorios precapitalistas.

Pese a este inocultable límite, es de suma trascendencia valorar el desafío que Rosa Luxemburgo lanzó para la historia del marxismo crítico: el reto de repensar la dialéctica de la relación entre capitalismo y precapitalismo.

En América Latina, conceptualizaciones como la del boliviano René Zavaleta (1983) en torno a lo que denominaba “formación social abigarrada”, la del peruano José Carlos Mariátegui (1979) sobre la “organización comunal” y el “colonialismo”, y la del brasileño Ruy Mauro Marini (1973) acerca del capitalismo dependiente han sido antecedentes memorables de la exploración de la relación entre

capitalismo/precapitalismo en este subcontinente. Desde su compleja conceptualización del barroquismo, ha correspondido al marxista crítico latinoamericano más influenciado por el pensamiento de Rosa Luxemburgo, Bolívar Echeverría, asumir este desafío y demostrar que, en efecto, el capitalismo puede requerir del precapitalismo pero de un modo completamente diferente al que ella formuló (Arizmendi, 214).

Para hacer emerger el alcance de la exploración echeverriana en torno a la relación del capitalismo con el precapitalismo en América Latina, es sumamente importante interconectar su intervención con la que realizó Ruy Mauro Marini (1973), en su célebre *Dialéctica de la Dependencia*.

Usando como su plataforma la teoría de la economía mundial de El Capital, Marini fue el primero que se planteó desarrollarla para dar cuenta del capitalismo sui generis que se había conformado históricamente en América Latina. Siempre sostuvo que en este subcontinente el capitalismo se encontraba estructuralmente imposibilitado para convertirse en el doble de los Estados europeos. Señaló que la imagen de que el “subdesarrollo” constituye una fase ineludible pero superable dentro de un proceso histórico que puede arribar al “desarrollo” si se aplica la política económica correcta, es pura ilusión. El “subdesarrollo” no constituye la fase previa al “desarrollo”, integra su polo opuesto permanente en la economía del capitalismo mundial.

Desde el reconocimiento del intercambio desigual como vía de rendimiento de un tributo continuo que los capitalismo dependientes latinoamericanos deben cubrir para los capitalismo metropolitanos, ante todo para el capitalismo de EU –tributo que Bolívar Echeverría (2005) denominó renta tecnológica–, la conceptualización de Marini conduce a un doble descubrimiento. Primero, plantea que, para compensar las pérdidas que experimentan por cubrir ese tributo, los capitalismo latinoamericanos implementan, junto a la explotación a los trabajadores de la región, la expropiación de importantes porcentajes de su salario que les son arrebatados para convertirlos en fondo capitalista de acumulación. Es a este proceso, que articula explotación de plusvalor con expropiación de valor al salario, al que califica como sobre-explotación de la fuerza de trabajo. Condenados a configurarse como capitalismo dependientes, el impacto que su subordinación a la mundialización capitalista produce es muy radical: la expropiación sistemática e ininterrumpida de amplios fragmentos al salario hace que los capitalismo de América Latina estén estructuralmente incapacitados para convertirse en el doble de los capitalismo metropolitanos, dado que les es imposible garantizar la reproducción de su fuerza de trabajo nacional. Afectados ineludiblemente por la sobre-explotación, los salarios en esos Estados nunca cubren las condiciones mínimas para asegurar la reproducción vital de los trabajadores latinoamericanos. Segundo, como consecuencia inevitable de la sobre-explotación, la subsistencia de la fuerza de trabajo nacional en América Latina sólo logra abrirse paso si se despliega con base en estrategias mixtas de reproducción social. Es decir, si al lado de la mercantificación de la fuerza laboral, se despliega un proceso de autoconsumo sustentado en la persistencia de formas precapitalistas de reproducción vital. En consecuencia, podría concluirse: las formas indígenas precapitalistas de reproducción social han subsistido de modo crónico en América Latina, no sólo como producto de su resistencia –que indudablemente está ahí–, sino por una combinación peculiar de resistencia y funcionalidad para los capitalismo dependientes de la región. Resistencia combativa y a la vez funcionalidad indispensable han sido el fundamento de una prolongada persistencia, de orden podría decirse cuasi-estructural, de las formas comunitarias indígenas precapitalistas en América Latina. }

Desde un diálogo implícito pero esencial con Marini, Bolívar Echeverría desarrolló su propia concepción en torno a América Latina. Su innovadora y compleja perspectiva en torno al barroquismo no puede mostrar

todos sus alcances si se lee culturalistamente o, dicho de otro modo, si la crítica a la cultura barroca se formula sin reconocer su crítica a la economía y la política barrocas en el marco de la crítica a la mundialización capitalista.

Lo barroco en Bolívar Echeverría (1994b) no refiere únicamente un entrecruzamiento sumamente peculiar de la cultura de la Conquista con la cultura de la Contraconquista, que surgió desde el siglo XVII en América Latina. Siempre presente en su mirador la crítica a la mundialización capitalista, caracteriza la historia económica, política y cultural de América Latina como una historia en la cual el capitalismo naciente no sólo tuvo que acceder a entrecruzarse con formas sociales precapitalistas para prevalecer y abrirse camino en su acumulación originaria, sino que, desde fines del siglo XIX o principios del siglo XX –dependiendo de cada país–, una vez que la acumulación originaria concluyó, admitió la existencia limitada, circunscrita y marginada, pero cuasi-estructural del precapitalismo a su interior, precisamente, para garantizar, con base en estrategias mixtas, la reproducción de la fuerza de trabajo nacional y, desde ahí, el funcionamiento de la acumulación de capital dentro de una configuración del capitalismo imposibilitada para asegurar esa reproducción.

En este sentido, modernidad barroca es un término que Bolívar Echeverría (2003) inventó para dar cuenta de la especificidad de una configuración del capitalismo dispuesta a realizar concesiones a las formas no-capitalistas pre-existentes con las que se las tiene que ver, en su afán por absorberlas y refuncionalizarlas para ponerlas al servicio de su poder. Emergiendo desde la modernidad mediterránea, la modernidad barroca se tornó la peculiaridad del capitalismo latinoamericano (Echeverría, 2008, 23).

III

Los principios de la estrategia revolucionaria luxemburguista

Espontaneidad, huelga general y autodeterminación nacional constituyen tres principios esenciales a través de los cuales Rosa Luxemburgo le da forma, de modo sumamente original y sugerente, a la autogestión como núcleo estructurador de la totalidad de su proyecto en torno a la estrategia y la táctica de la revolución anticapitalista.

Aunque el “socialismo real” ya se ha venido abajo, no se podría acceder en el siglo XXI al profundo significado de la concepción revolucionaria de Rosa Luxemburgo sobre la espontaneidad si se mantiene en pie ese mito negativo que el estalinismo inventó al hablar de “luxemburguismo”. Como complemento producido al interior del “marxismo-leninismo” –ese mito positivo que el estalinismo diseñó sobre sí mismo para justificar su despotismo político y la estructura de poder vertical y mesiánica del “partido comunista” en la URSS y en el mundo–, el “luxemburguismo” fue generado como un mito negativo: como un discurso político presuntamente catastrofista y espontaneísta que negaba al “leninismo”. Esto es, como un discurso que atribuía el derrumbe a causas puramente objetivas y mecánicas y, en función de él, carente de toda visión organizativa, consideraba que las masas iban a rebelarse automáticamente ante el capitalismo. Edificados por el estalinismo de modo contrapuesto pero para ser complementarios, tanto el mito del “marxismo-leninismo” como el mito del “luxemburguismo” constituyen una radical desfiguración tanto de Lenin como también de Rosa Luxemburgo (Echeverría, 1978, 19-21).

Lejos de ser sinónimo de automatismo, de revuelta que surge prácticamente como reflejo de los hechos económicos, el incisivo concepto de espontaneidad de Rosa Luxemburgo es mucho más que coyuntural. Sin dejar de aludir a respuestas que en ciertas circunstancias concretas puedan ofrecer las masas auto-

organizándose, es la autogestión como fundamento de la dialéctica entre masas y partido político lo que constituye su contenido crítico. Comenzando por la convocatoria a admitir los procesos de autogestión emanados desde los dominados modernos como un proceso aleccionador para el partido, el concepto de espontaneidad de Rosa Luxemburgo lleva a que, al estilo del “viejo topo”, el partido asuma como su objetivo estratégico generar, con base en una labor subterránea y molecular, la capacidad de autogestión de las masas. Exactamente contrario al proyecto del mesianismo autoritario –ese proyecto en el cual el líder, al abrigo de la promesa de la salvación, absorbe, cancela y reprime toda intervención de la multitud en la toma de decisiones–, espontaneidad en Rosa Luxemburgo es el nombre de un proyecto que, más que respetar acciones de autodeterminación aisladas, se plantea como su reto alcanzar que las masas dejen de ser tales –un sujeto que se reduce a ser objeto de la acción política que sobre él se ejerce–. En este sentido, espontaneidad es la denominación de un principio estratégico que asume el desarrollo de la autogestión en las multitudes para que intervengan creativamente como sujetos de la historia (Luxemburgo, 1978b).

Huelga de masas (o sea, formas de huelga que involucran multitudes pero que pueden empezar impactando en una localidad o en cierta rama económica) y, más aún, huelga general (que en su forma más amplia constituye una convocatoria a una huelga nacional) constituyen formas de acción ensalzadas por Rosa Luxemburgo como medidas dirigidas a conquistar derechos que permitan mejorar el proceso de reproducción vital de los dominados modernos, pero que muestran su mejor sentido cuando avanzan en la articulación de demandas mínimas entre sí para desarrollar demandas máximas y, en ese proceso, propulsan la construcción de un poder dual avant la lettre. Hacer de las huelgas de masas un recurso que responde a la ofensiva de la acumulación capitalista con contra-ofensivas dirigidas a desestabilizarla para construir abajo formas de democracia y autogestión que edifiquen un poder político que se adelante a su tiempo y así ir produciendo el futuro, ese es el sentido revolucionario de este principio estratégico. Su ensayo clásico “Huelga de masas, partido y sindicatos” (1978c) –que comenzó a distribuirse a fines de 1906, para ser poco después retirado de circulación y destruido por la presidencia del SPD a petición de los sindicatos alemanes–, constituye un ensayo que pasa de la huelga de masas como arma contra la acumulación capitalista a la huelga general como recurso de auto-educación de las multitudes, que irían de la autogestión que significa una negación parcial del sistema a la autogestión como su negación total.

En polémica directa con el anarquismo –que formula la ilusión del tránsito al postcapitalismo de un día para otro–, realizando un balance de los importantes alcances de la lucha autogestiva que la huelga de masas va logrando en Europa, América y Rusia a principios del siglo XX (Luxemburgo, 1978d), Rosa Luxemburgo insiste en que el sentido profundo de esas luchas reside en la construcción paso a paso de un poder político anticapitalista abajo que prepare el lanzamiento de un gobierno nacional.

Por si fuera poco, trazando una dura propuesta de poder dual avant la lettre, huelga de masas y huelga general conforman acciones estratégicas que ponen al descubierto todo su alcance histórico cuando se les reconoce como medidas político-revolucionarias insertas en el horizonte de Rosa Luxemburgo para responder ante la encrucijada Socialismo o Barbarie. “El militarismo, la guerra y la clase obrera” (Luxemburgo, 1981a) constituye un auténtico ensayo adelantado a su tiempo, que se negó a oír, justo porque demuestra que la mejor respuesta contra la militarización de la economía mundial y las guerras capitalistas es la huelga general.

Last but not least, es crucial reconocer que Luxemburgo fue la autora del marxismo crítico que abrió la exploración de la interacción estratégica que podrían tener la lucha por la autogestión anticapitalista y la lucha por la autodeterminación nacional. Negándose a admitir que entre estas dos luchas no puede

más que existir una relación de polaridad y antinomia históricas, planteando que más bien esa confrontación debilita tanto a una como a la otra, Rosa Luxemburgo demostró que, en los Estados de la periferia de la economía mundial, la lucha por la autogestión anticapitalista, si no pretende remitirse a ser una lucha puramente local, tiene que plantearse la lucha por la autodeterminación nacional, a la vez que la lucha por la autodeterminación nacional no puede alcanzar firmemente sus objetivos si no asume la lucha por la autogestión anticapitalista.

Por supuesto, para ella, se trata de una convergencia necesaria pero nunca aproblemática. Por eso, en su ensayo “La acrobacia programática de los socialpatriotas” (Luxemburgo, 1981b), denuncia que la lucha por la soberanía nacional puede convertirse en un obstáculo para la lucha por la autogestión anticapitalista, cuando, integrada y vencida bajo una forma burguesa, se remite a pretender circunscribir un territorio delimitado para garantizar la propiedad privada de ciertos recursos naturales estratégicos y de la fuerza de trabajo que lo habita a favor de ciertos capitalistas o grupos de poder, más aún cuando esa delimitación va acompañada de violencia política represiva.¹

Lo profundo de su perspectiva reside en mostrar que pese a la existencia de esa polaridad, incluso podría decirse debido a la presencia de ella, la necesidad de que la lucha por la autogestión anticapitalista asuma la lucha por la autodeterminación nacional de ningún modo se cancela. Persiste como una necesidad histórica prioritaria.

Ella fue la marxista clásica que demostró que, desde la periferia de la economía mundial, la lucha por la autogestión anticapitalista no tiene cómo abrirse camino sin asumir la lucha por la soberanía nacional. E incluso fue más lejos. En su importante y larguísimo ensayo “La cuestión nacional y la autonomía”, publicado en varios números de la revista polaca *Przegląd Socjaldemokratyczny* entre 1908 y 1909, es decir una vez que ya conocía las cartas de Marx a Vera Zasúlich –ensayo de suma relevancia histórica que nunca fue editado en un solo volumen, ni siquiera en polaco, y que Bolívar Echeverría publicó por primera vez unificado en español (1981c)–, Rosa Luxemburgo puso a la orden del día la cuestión de las nacionalidades demostrando que la revolución anticapitalista requería nutrir el proyecto de la autogestión desde dos fuentes: desde las formas de autogestión proletarias y las formas de autogestión no-capitalistas o precapitalistas. Sensible a que las alianzas entre las nacionalidades tienen como reto ineludible trascender situaciones conflictivas, Rosa Luxemburgo puso un enorme énfasis en que las formas de autogestión precapitalistas podían convertirse en fuente anticapitalista si el proyecto de edificación del autogobierno del país construía las alianzas entre las nacionalidades con base en principios socialistas.

En este sentido debe decirse que el desafío que ella lanzó para el marxismo crítico, el reto de repensar la relación entre capitalismo y no-capitalismo, no sólo tuvo que ver con explorar el funcionamiento de la acumulación del capital. De hecho, ella fue la heredera de Marx pionera en indagar la contribución que las formas de autogestión precapitalistas podrían desarrollar para la revolución socialista.

Las fronteras alcanzadas por su atrevido pensamiento histórico-político ha dejado huellas indelebles para el marxismo crítico del siglo XXI. Lo que en su tiempo emergió como la polaridad entre la lucha por la revolución socialista y la lucha por la autodeterminación nacional, *mutatis mutandis*, se corresponde con la polaridad entre movimientos autogestivos y movimientos estadocéntricos que hemos presenciado en la América Latina de la vuelta de siglo. Aunque existe una conflictividad inevitable entre ellos, el que las formas concretas de ambos movimientos los enfrente entre sí, no anula la necesidad y el desafío histórico de construir la asunción de la convergencia del anticapitalismo y de la autodeterminación nacional.

Si partimos de las lecciones político estratégicas que hereda Rosa Luxemburgo y damos el paso que sigue, en la América Latina del siglo XXI deberíamos decir que la lucha contra el tributo que impone la renta tecnológica, instalando tanto la sobre-explotación laboral crónica como la devastación de la naturaleza al interior de las naciones, hace imprescindible que las luchas por la autogestión anticapitalista y las luchas genuinas por la soberanía nacional desarrollen formas tácticas y estratégicas de convergencia desde alianzas eficaces y crecientes que permitan avanzar hacia la edificación de lo que Rosa Luxemburgo llamaba el autogobierno del país.² De asumir ese desafío dependerá una de las fuerzas históricas más relevantes para producir la capacidad para enfrentar la dominación tecnocrático autoritaria y la tendencia neofascista cada vez más amenazante del capitalismo mundial del siglo XXI. Sin la menor duda, la perspectiva estratégica revolucionaria de Rosa Luxemburgo constituye una de las luces más poderosas y combativas para relanzar y potenciar las luchas anticapitalistas y antinazis que encaran y enfrentarán la tendencia hegemónica que apunta a hacer del siglo XXI un nuevo Siglo de la Barbarie.

Notas

1. Justo ese ensayo “La acrobacia programática de los socialpatriotas” (1981b), dirigido a cuestionar el abandono de la lucha por la autogestión socialista que efectuó el Partido Socialista Polaco (PSP) al integrarse a la pugna exclusiva por la autodeterminación nacional, explica las razones de la ruptura que realizaron con ese partido Rosa Luxemburgo, Leo Jogiches, Adolf Warski y Jilan Marchlewski para fundar el Sprawa Robotnicza como un medio independiente. Ahí se descifra agudamente la tendencia de cuyo desenlace ella ya no será testigo, cuando, después de la Primera Guerra Mundial, Pilsudski, dirigente del PSP, se volvió dictador de Polonia.

2. Este fue el sentido de la intervención que realicé, en el marco del Homenaje a Bolívar Echeverría, en la Asamblea Nacional de Ecuador, en noviembre de 2013. La evaluación del potencial revolucionario postbarroco que podría emerger de la articulación de las diversas fuentes de la autogestión anticapitalista y el postneoliberalismo contrahegemónico para enfrentar el poderío de la renta tecnológica y a favor del proyecto del autogobierno del país, que guarda relación directa con la fundamentación general de la estrategia anticapitalista planteada por Rosa Luxemburgo, quedó expuesta en el apartado IV, “El desafío de (re)pensar la dialéctica capitalismo/precapitalismo y el barroquismo”, del ensayo La trascendencia de la lectura de El Capital de Bolívar Echeverría para América Latina (Arizmendi, 2014).

Bibliografía

Althusser Louis y Balibar Étienne (1969), *Para leer El Capital, Siglo XXI, México.*

Anderson Perry (1979), *Consideraciones sobre el marxismo occidental, Siglo XXI, México.*

Arizmendi Luis (2011), “El Siglo XXI en la historia de la mundialización”, apartado IV “Capitalismo y Mundialización”, *Horizontes de la vuelta de siglo, CIECAS-IPN, México.*

----- (2013), “Crisis epocal del capitalismo, encrucijadas y desafíos del transc capitalismo en el siglo XXI”, incluido en *Nuestra América y EU: Desafíos del Siglo XXI, coeditado por el Centro Internacional de Información Estratégica y Prospectiva de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina y la Universidad Central de Ecuador. Puede verse en el link: <http://www.asipress.ir/vdcno0f.yt0956ml2y.txt>*

----- (2014), “La trascendencia de la lectura de El Capital de Bolívar Echeverría para América Latina” en Arizmendi Luis / Peña y Lilo Echeverría Julio (Coord), *Bolívar Echeverría: Trascendencia e Impacto para la América*

- Latina del Siglo XXI, IAEN, Ecuador.
- Badia Gilbert (1975), *Rosa Luxemburgo journaliste, polémiste, révolutionnaire*, Ed. Sociales; París.
- Bernstein Eduard (1982), *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI, México.
- Echeverría Bolívar (1978), *Prólogo a Obras Escogidas de Rosa Luxemburgo*, Era, México.
- (1994a), *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social*, Coedición Nariz del Diablo/UNAM, Ecuador.
- (1994b), “El ethos barroco” en *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, UNAM/El Equilibrista, México.
- , “Barroco y Modernidad Alternativa”, entrevista publicada en la revista *Iconos* no. 17, FLACSO, Ecuador, septiembre 2003.
- (2005), “Renta Tecnológica y Capitalismo Histórico”, (Traducción: Vianey Ramírez y Luis Arizmendi), *Mundo Siglo XXI* no. 2, CIECAS, IPN, México.
- (2008), “La modernidad americana (claves para su comprensión)” en *La americanización de la modernidad*, Era, México.
- Geras Norman (1980), *Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo*, Era, México.
- Grossmann Henryk (1979a), *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Ed. Siglo XXI, México.
- (1979b), “La transformación de los valores en precios en Marx y el problema de las crisis” en *Ensayos sobre la Teoría de las Crisis*, Cuadernos de Pasado y Presente no. 79, México.
- Hilferding Rudolf (1971), *El capital financiero*, Ed. Revolucionaria, La Habana.
- Hobsbawn Eric (1998), *Historia del siglo XX*, Ed. Crítica, Buenos Aires, pp. 29-61.
- Korsch Karl (1971), *Marxismo y Filosofía*, Era, México.
- (1978), “Algunos supuestos básicos para una discusión materialista de la Teoría de las Crisis” en *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Cuadernos de Pasado y Presente no. 78, México.
- Kowalik Tadeusz (1971), *Teoría de la acumulación y del imperialismo en Rosa Luxemburgo*, Era, México.
- Lukács György (1969), *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México.
- Luxemburgo Rosa (1967), *La Acumulación del Capital*, Grijalbo, México.
- (1972), *Introducción a la economía política*, Cuadernos de Pasado y Presente no. 35, México.
 - (1977), *Escritos Políticos*, Grijalbo, Barcelona.
 - (1978a), “¿Reforma o Revolución?”, *Obras Escogidas*, Tomo I, Era, México.
 - (1978b), “Problemas de organización de la socialdemocracia rusa” en *Obras Escogidas*, Tomo I, Era, México.
 - (1978c), “Huelga de masas, partido y sindicatos” en *Obras Escogidas*, Tomo I, Era, México.
 - (1978d), “La huelga política de masas y los sindicatos” en *Obras Escogidas*, Tomo I, Era, México.
 - (1979), *El desarrollo industrial de Polonia*, Cuadernos de Pasado y Presente no. 71, México.
 - (1981a), “El militarismo, la guerra y la clase obrera” en *Obras Escogidas*, Tomo II, Era, México.
 - (1981b), “La acrobacia programática de los socialpatriotas” en *Obras Escogidas*, Tomo II, Era, México.
 - (1981c), “La cuestión nacional y la autonomía” en *Obras Escogidas*, Tomo II, Era, México.
- Mandel Ernest (1979), *El Capitalismo Tardío*, Era, México.
- Mariátegui José Carlos (1979), “El problema de la tierra” en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Venezuela.
- Marini Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la Dependencia*, Era, México.
- Marx Karl y Engels Friedrich (1980), *Escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comuna rural rusa*, Cuadernos de Pasado y Presente no. 90, México.
- Rosdolsky Roman (1978), *Génesis y Estructura de El Capital*, Siglo XXI, México.
- Sternberg Fritz (1979), *El Imperialismo*, Siglo XXI, México.
- Wallerstein Immanuel (1996), *Después del liberalismo*, Siglo XXI, México.
- Zavaleta René (1983), *Las masas en noviembre*, Ed. Juventud, La Paz.
- Zeleny Jindrich (1978), *La estructura lógica de El Capital*, Grijalbo, México.